

espejo de sombra



Roberto Renán

Isla de
LIBROS

espejo de sombra

Roberto Renán

Espejo de sombra



Espejo de sombra

—Díptico—

Roberto Renán

Islade
LIBROS



@edicionesisladelibros

Espejo de sombra

Primera edición bajo el título *Díptico* en Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Caracas, 2017

Segunda edición corregida en Isla de Libros, Bogotá, 2020

Primera edición electrónica en Isla de Libros

© Roberto Renán, 2020

© Isla de Libros, 2020

Carrera 5, 34-13, AP 101, Bogotá, Colombia

info@isladelibros.com

www.isladelibros.com

Dirección editorial: Álvaro Castillo Granada

Edición y producción: Ginett Alarcón

Fotografía del autor: Autorretrato

Logo Isla de Libros: Zilah Rojas

Diseño de cubierta: Nicolás Consuegra

Diagramación: David Arneaud

Conversión a libro electrónico|*eBook conversion*: Apex

ISBN 978-958-52645-8-8

CONTENIDO

Extraños

Sonata para clavecín y hombre invisible

- I Introducción y *rondo capriccioso*
- II *Dolce*
- III *Andante con fuoco*

A Ariadna y Tony,
mis queridos amigos de siempre.

EXTRAÑOS

El viejo llevaba más de un año viviendo solo en el caserón de Buena Vista, desde que su mujer y su hija se fueran a probar suerte al otro lado del Atlántico, a la península de la que hacía menos de un siglo había llegado su propio padre con un objetivo semejante. Eso les había dicho cuando lo discutieran. Pero su mujer, que era quien aportaba el dinero en los últimos tiempos, esgrimió una mezcolanza argumental —algo de la espiral histórica; mucho de las predicciones de una vecina cartomántica—, le pidió que cuidara la casa, los gatos, el jardín...; y a su hijo, que se cuidaran mutuamente; hizo las maletas y se largó con su hija a estrenar pasaporte europeo.

El hijo de su mujer no lo era suyo. Tal vez por eso, tal vez porque siempre le habían indigestado un poco los muchachos—incluso su propia hija si lo pensaba—, lo masticaba pero no lo tragaba. Lo había visto crecer centímetro a centímetro, echándose con descaro al gaznate el rancho que él forrajeara durante años —y todavía a veces— sin recibir el menor reconocimiento, soportando que le escamoteara el tiempo y el afecto de su mujer con esa aberrante cosa freudiana. Así que no puso objeciones, ni averiguó luego, cuando a los pocos días del viaje de ellas, él también se fue.

Al principio había intentado animarse con la idea de que su mujer no aguantaría mucho, y que después de un par de meses, cuando se le pasara el deslumbramiento inicial por la comida y las tiendas llenas de cosas bonitas, por el Madrid pulcro y bien conservado, el frío y el carácter de los españoles la espantarían, y él la tendría de regreso. Entonces la aventura habría servido acaso para que su hija pescara un gallego acomodado que, con mucha suerte, los ayudara a salir del atolladero insular. Pero los meses habían pasado y su hija no había pescado sino una neumonía, y los

abrigo del guardarropa de una discoteca. ¿Y su mujer? Para qué contar. ¡Cuidaba viejos! ¿Podía creerlo? Unos viejos más jóvenes que él mismo por menos de mil euros; y el regreso ya no era un tema fundamental de la agenda en sus conversaciones.

En esos meses había tenido oportunidad de pensar en muchas cosas, o mejor, de recordar muchas cosas. Nunca le había gustado pensar más de la cuenta. Le parecía que si uno le daba demasiadas vueltas a un asunto, terminaba por encontrarle un pero, y todo resultaba más complicado. Sin embargo, en las interminables tardes de soledad —antes de la hora de buscar el pan o darle la comida a los gatos—, y en las frecuentes noches de desvelo, se le hacía imposible no recordar, y con el recuerdo, dejar pasar ciertas preguntas que se parecían demasiado al pensamiento. De un día a otro, sin más concierto o lógica que el hecho casual que le provocaba el recuerdo —la brocha de afeitarse sobre la cerámica del baño; el silbato del amolador de tijeras...—, el viejo iba regresando a diversos momentos de su vida, si bien con una sensación contradictoria. De tan lejanos, los recuerdos no le parecían propios, sino algo que hubiera escuchado contar en alguna parte; aunque no pudiera imaginar que aquellos recuerdos organizados sin el menor objetivo en torno a una vida pudieran conducir a otro sitio que no fuera aquel momento, aquella casa y aquella soledad. Había algunos episodios que le parecían definitivos... El abandono de su primera mujer, por supuesto... Llevaban treinta años de casados cuando la dejó; lo hizo por una mujer más joven que su propia hija recién fallecida en el atentado de Barbados. Y eso le había traído problemas con sus compañeros del Partido que, después de haberse cansado de mirarle el culo a la difunta, se habían sentido obligados a desaprobado su actitud y empezaron a darle el esquinazo.

Esa especie de acuerdo tácito con su nueva mujer, que la verdad, no le había costado mucho: su nueva hija a cambio

de los hijos de su hija muerta. ¿No querían su casa y su prestigio acaso? ¿No lo querían?, su exmujer y su distinguido yerno militante. Pues que los tuvieran, ¡que se los metieran por el culo!, y que de paso se quedaran con sus nietos y con sus obligaciones económicas para con ellos; en definitiva, él no había sido quien gozara haciéndolos. No podía saber cómo hubieran sido las cosas de haberse quedado con su primera mujer. Tal vez se habría repuesto de la pérdida de su hija, habría ayudado a criar a sus nietos, en fin... la vida continuaba, ¿no? Luego se hubiera jubilado... ¡Pero qué estaba pensando! La verdad, ya estaba medio chocho. ¿Se había repuesto de la pérdida acaso? ¿Era posible reponerse de algo así? ¿Eh? ¿Era posible? ¡Felo pégate al agua! ¡Felo pégate al agua...! y la explosión y el fuego... ¡Mierda! Qué muerte tan negra la de esa gente. Y él sin poder creer en dios. ¿Y su hija, su piel, su sangre...? achicharrada. A-chi-cha-rra-da. Se acordaba de una vez que en la milicia, a un compañero le había explotado una granada en la mano... le habían quedado un par de huesos astillados colgando del brazo sin carne... ¿Se había repuesto entonces? Ni siquiera encontraron todos los pedazos de su cuerpo, y en el velorio público solo había podido ver su foto encima de una caja cerrada. ¿Se había repuesto o sencillamente lo evitaba, bordeándolo como un ciclista, un charco? ¡Se resingaba en la madre de todos los americanos! Que se metieran la Guerra Fría por el culo, a ver si se tuberculizaban. ¡La resingada de su madre, y la de todos los hijos de puta de la CIA! ¡Que le hubieran dejado ponerle un dedo encima a ese remarcicón de Posada Carriles para que vieran!

«Psss... Oye... Aquilino, Aquilino... ¿quieres platanitos?». «¡Qué coño platanitos, chico!». La voz aflautada de un vecino lo había sacado de sus elucubraciones. «¡Ya te dije que todavía tengo!». «¿Y huevos? ¿Quieres huevos?». «Ya

tengo aquí», dijo acomodándose la entrepierna, y luego soltó una risotada carente de alegría. Entre una cosa y otra había salido al portal, como un sonámbulo, mordiéndose desde adentro las comisuras de los labios, un gesto habitual en él, a ver un rato los gatos de su mujer, pero al mismo tiempo estaba en otro sitio allá dentro de su cabeza. «Y qué, todavía ¿no te han mandado la verdolaga de este mes?». «¿Qué verdolaga de qué carajo, chico?». «Eh, Aquilino», ahora era otro, «llegó el pollo. ¿Te marco?». «¿Eh?... sí, ya voy para allá». «Sí, márcale, porque si no va a terminar comiendo mierda solo». Ahora el segundo vecino sonreía: «Ah... siempre es mejor comer pollo acompañado. ¿No?». Pollo acompañado les iba a dar él. ¡Menudo par de hijoputas estos que le habían tocado de amigos en este barrio! Un exsoldado de Batista, con un muerto encima y todo, que se ganaba los frijoles revendiendo huevos y platanitos, y un gallego comerciante que no vendía unos calzoncillos desde el 68, y ahora vivía de la pensión española. La suma de todo contra lo que alguna vez había luchado. Ahí los tenía. Pero eso había sido en otra época, se podía decir que en otra vida. Ahora la lucha era más sencilla; se trataba de sobrevivir, de sobrevivir la mayor cantidad de tiempo posible. ¡Qué coño sabrían esas tiñosas de lo que era comer pollo, si ni dientes tenían para mascar carroña! Eso eran sus mujeres: carroña. Y volvió a forzar una risotada.

Pero no, más bien pensaba que si se hubiera quedado con su mujer ya no estaría vivo. Cuando empezó a engañarla hacía rato que había empezado a morirse. Se había achantado y sabía muy bien lo que venía después de eso: la trombosis, el infarto... Ya no deseaba a su mujer, y no hacía otra cosa que ir a trabajar automáticamente, leer el periódico y ver la pelota, comer, dormir, comer, dormir... ese era el tictac de su reloj biológico. Por suerte ella se consolaba un poco con sus nietos... Entonces había aparecido Tomasa. ¡Tomasa...! veintipico de agostos florecidos, una fruta en el momento exacto de maduración,